

Charlas sobre el Syllabus

por FABIO

VI

Acaba la proposición tercera.

Estamos en la tercera proposición del Syllabus. Recordémosla: "La razón humana es el único juez de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, con absoluta independencia de Dios; es la ley de sí misma, y le bastan sus solas fuerzas naturales para procurar el bien de los hombres y de los pueblos."

Hemos señalado los tres errores que aquí se condenan y las tres opuestas verdades que implícitamente se proclaman.

Examinemos aquella cláusula en que se habla de la razón "con absoluta independencia de Dios".

Cuando hablamos de las relaciones entre los seres contingentes, que son todos los seres creados, y el Ser necesario, que es Dios creador, demostramos que todo ser contingente—en su ser con todas sus perfecciones, en su existir y en su acción—depende necesariamente de Dios. De donde se deduce que no puede atribuirse al hombre, ni en su ser, ni en las perfecciones de su ser, ni en su existir, ni en sus operaciones, sean sensitivas o intelectivas, necesarias o libres, independencia absoluta de Dios. Es falsa, pues, la independencia que pretenda atribuirse a cualquiera de las facultades o perfecciones del ser humano, aunque esa perfección o facultad sea la razón.

Cierto ser contingente es el entendimiento del hombre; lo es su razón, su voluntad, su libertad. Luego, como todos los seres contingentes, el entendimiento humano, la razón humana, la voluntad y la libertad del hombre, de Dios dependen, y no puede atribuírseles independencia absoluta de Dios.

Las perfecciones creadas son reflejos de perfecciones creadas, como todo lo que vemos en lo contingente es reflejo del Ser necesario. La razón, pues, depende de la Razón divina, como el reflejo depende de la luz que refleja.

Un filósofo antiguo, citado por el Angélico Doctor Isaac, llamaba a la razón "sombra de la inteligencia". Damos el nombre de *razón* a nuestra facultad intelectual cuando conoce discursivamente; así como la llamamos *entendimiento* cuando conoce intuitivamente. Aquel filósofo quería decir que nuestra razón, mientras va por el camino de la demostración, mientras discurre, va como en la sombra; no llega a la luz de la evidencia hasta que concluye su demostración, resolviendo sus argumentos en alguna verdad axiomática, que por intuición conoce el entendimiento.

Aun puede tener otro sentido este hermoso pensamiento de aquel filósofo; y es que, siendo todos los seres como sombras del Ser divino, la razón humana es sombra de la Razón divina. En el texto original de las palabras con que Moisés nos revela que el hombre fue creado a imagen de Dios, algunos intérpretes leen *sombra*, no sólo imagen, indicando que el hombre es *sombra de Dios*. De manera que todos los seres son sombras del Ser Creador; pero en el hombre culmina la perfección de esta sombra en el mundo sensible. Y culmina por su razón.

Y como la sombra sigue al cuerpo de que es sombra y de él depende, así todo depende de Dios y le sigue. No puede hablarse, sin incurrir en absurdo, de absoluta independencia de la razón respecto de Dios.

Examinemos aquello de que la razón es "ley de sí misma".

El Creador de todas las cosas, Ser inteligentísimo, ha creado a cada ser con un fin y con la correspondiente ordenación a ese fin, que es la ley natural de cada ser.

Nadie puede mudar este fin ni esta ley. La razón no podrá nunca permutar con el sentido, dándole al sentido su razonar y quedándose ella con el sentir; como los ojos no podrán permutar con los oídos para que los oídos vean y los ojos oigan. Del propio modo no puede ningún ser mudar la ley natural que lo ordena a su fin. No podrán nunca los ojos mudarse las leyes naturales de la visión, ni la razón las leyes naturales del conocimiento. No pueden los seres mudar su ley natural por otra ni constituirse ellos mismos en ley de sí mismos. Es falso, pues, de toda falsedad eso de que la razón es ley de sí misma.

Y si recordamos que el fin de la razón es la Verdad, que es lo que es, y que la Verdad es Dios, que es el que es, en esa Verdad suprema hallaremos el número, peso y medida de la razón como ser, como perfección y como facultad intelectual que tiene por objeto y fin la Verdad.

No insistimos porque nos parece suficientemente indicada la razón de por qué Dios, Verdad infinita, es la norma suprema de toda verdad; Bondad infinita es la norma suprema de toda bondad; Justicia infinita es la norma suprema de toda justicia, moral y dere-

cho; Inteligencia infinita es la norma suprema de toda inteligencia y de toda razón: Voluntad y Libertad infinitas es la norma de toda voluntad y de toda libertad; Ser infinito es la norma suprema de todo ser.

Pero el blanco principal del racionalismo en estos errores es la negación de la Revelación. Montalembert explotaba con acierto la antítesis entre catolicismo y racionalismo, empezando por el parecido de los nombres Revelación y Revolución...

El racionalismo contemporáneo empieza en la paganización del Humanismo; pero se moderniza con el espíritu privado, con el libre examen, con la razón privada del protestantismo, que es un racionalismo tímido, vergonzante, restringido a la interpretación de la Biblia.

De lo religioso pasa a lo filosófico, a lo político, a lo moral, a lo jurídico, a lo sociológico, e invade todos los órdenes teóricos y prácticos, pero sin perder nunca aquel empaque de modernidad que da a sus rancias vacuidades la teología del protestantismo. Variedad diferentísima de colores nos ofrece: desde los tonos suaves de aquellos racionalistas que, como Egidio, se contentan con pedir al Cristianismo "que sea suficientemente desinteresado para no exigir la fe en ciertas verdades sobrenaturales", y de aquellos que en Alemania y en Inglaterra pedían "un Cristianismo sin dogmas", hasta los que, después de Rousseau y Voltaire, y de tantos otros negadores de la necesidad de la Revelación, piden un laicismo hipócrita, como el de la Asamblea pedagógica de Leipzig, que en 1893 acordó "la formación del individuo independientemente de todo dogma para no cohibir la conciencia de los educandos", y luego un laicismo franco que tiene la expresión brutal de Strauss, hoy lema de las banderas del comunismo ruso y de la república socialista de España: "Solo hay una cosa que odiamos y combatimos en declarada guerra a muerte: lo sobrenatural, el más allá, el único enemigo del mundo."

Una ojeada por los pueblos antiguos, separados de la Revelación, basta a los apologistas para demostrar de *facto* que la razón por sus solas fuerzas no es suficiente para conseguir el bien de los hombres y de los pueblos, especialmente en religión y vida buena. Cuando se ven pueblos tan sonados como el fenicio, el egipcio, el griego y el romano adorando astros y piedras, vegetales y bestias y hombres; adorando a Júpiter adúltero, a Mercurio ladrón, a Venus impúdica, no necesita más una mente sana para persuadirse de esa insuficiencia de la razón. Y no se diga que así era efectivamente la razón en el vulgo ignaro, pero no en los cultos, porque no queremos acordarnos de la monstruosidad de los errores de hombres tan excelsos como Platón, Aristóteles, Cicerón... errores más monstruosos que los del vulgo.

Pero no tenemos necesidad de ir tan lejos. Desde que empieza en los tiempos modernos la "emancipación" de la razón racionalista empiezan a presentarse catástrofes hombres como Hugo Grotio. Y según se avanza en la negación de la Revelación, van los hombres pensadores presintiendo catástrofes mayores, que se van cumpliendo, y en la rea-

lidad superan a las predicciones. Fichte parece que tiene una idea fija: "una irrupción de salvajismo y barbarie"; Bakunin tiene otra idea fija: "una destrucción general y un restablecimiento de la amorfa"; "terrible cataclismo" presiente Roscher. Ello es que arribamos, al fin, a "aquella perturbación del equilibrio universal que amenaza continuamente disolver la sociedad", como decía Schielwien. Que la razón separada de la Revelación ha llegado a la racionalización de los Estados, y que el mundo sociológico y político se convierte en un volcán inmenso de que son cráteres esas Constituciones modernas, de que la nuestra es copia servil, y de que son fuego el socialismo, el comunismo, la anarquía, que esparcen por todas partes la llama y el humo de la

abominación, de la desolación. Esa es la razón separada de la Revelación! Con las voces de sus catástrofes, ella es el mejor argumento de la necesidad de la Revelación y del divino magisterio que condenó, para bien de los hombres y de los pueblos, los errores de la tercera proposición del Syllabus.

Son, pues, manos idiotas o satánicas las que arrancan de la razón las alas de la fe para que no pueda volar por esos infinitos espacios que descubre con el telescopio de la Revelación; y, aun en el orden natural, trabada de errores y pasiones, como águila desalada y ciega, no puede volar por las regiones de los primeros principios y de los últimos fines, sino discurrir apenas, dando saltitos, con que al fin se hunde en la sima de todos los absurdos.

Lea usted

Criterio

la próxima semana

Publicará:

"Lo que les echaron de comer en Lhardy".

Por la Baronesa de Guecho-Martiartu.

Insertará:

"La Justicia que mandan hacer... Fuero especial para fomento de delitos".

Por Triboniano.

Magister dixit

por NICIAS

Por fin el definidor supremo de la República habló. Con gesto protector y el índice señalando una ruta incógnita ha indicado a los nuevos israelitas el ideal. ¿Cuál es éste? Un equilibrio arriesgado en la cuerda floja de una República nómada. Ya no hay conservadores, según él, en ninguna parte. Pero nosotros creemos, contra su opinión, que cuanto se opone a la revolución laica, antipatriótica y societaria es conservadurismo. Y raro es el país que no posea hoy esas fuerzas de reacción, llámense o no conservadoras. Nadie pretendió nunca, salvo Josué, pararle el tiempo. La vida es cambio, y así como no podemos detener la nuestra, tampoco la nacional. Conservar no es paralizarse. Ese concepto de un conservadurismo inerte no lo tienen más que los demagogos. Mentira parece que el señor Ortega lo haga suyo. Pues él, ¿no habla, a su manera, equivocadísima, como conservador?

Pero hay un punto más grave en la romanza política de aquel señor. El, como tantos otros intelectuales de su cuño, tiene metida en los sesos la idea del fatalismo obrero. Como el sol marcha hacia la constelación de Hércules—dice—marchan los Estados modernos hacia el obrerismo. Estamos en un plano inclinado. El abismo, según él, nos espera. Por ello es inútil que los verdaderos católicos y patriotas y las clases patronales y obreras que rechacen ese colectivismo brutal y gregario puesto como fin de una civilización, busquen soluciones ni apoyo en esos derrotistas laicos, humanitarios, burgueses vergonzantes. La derecha verdadera tiene que ser católica y patriótica con intransigen-

cia y vivir apoyada en el pasado y mirando serenamente al porvenir.

Según Ortega, sólo los propietarios de Andalucía pueden quejarse de la república. Nosotros creemos que pueden quejarse todos. Pero le faltó decir lo que sin duda latía en el fondo de su pensamiento: que aquellos ciudadanos eran de tercera. De todas suertes, después de llamar a los nefandos capitalistas les invita a vivir a la intemperie. ¡Bella evocación espartana! Pero sospechamos no va a producir muchos adeptos. Ante las orgías y encefusismos que vemos, hablar sólo el lenguaje de la austeridad a la clase social más temerosa y cuya colaboración se pide, es demasiado filosófico, si llamamos filosofía a eso.

¡Qué benevolencia con los gobernantes de la república que él juzga no es la que debió ser! Contrasta con la severidad para los gobernantes monárquicos. ¡Pobre Monarquía, que amamantó los lobos que luego la devoraron! La justicia brilla por su ausencia en ese sofista griego germanizante.

Pero, en fin, ¿qué nos propone concretamente?

Muy sencillo. Que todos los españoles nos reunamos en un vasto maremagnum o pandemonium, en el cual Ortega sería el definidor de los confusos dogmas y Maurra y Azaña sus profetas. ¿Hay católicos y capitalistas que piquen en ese anzuelo? Serán pocos. Pero de todas suertes, ¡allá ellos! Nosotros, ante discursos y posturas de esa índole, nos reafirmamos en nuestra fe y en nuestras ideas netamente católicas, tradicionalmente españolas y radicalmente enemigas de la revolución laica, socializante y materialista.

Anfibologías políticas

por VICTOR PRADERA

Que el órgano legislativo ha de ser representación de la nación, no cabe ponerlo en duda. La sociedad política siente de continuo necesidades de orden público que con la ley deben ser satisfechas; y no habría modo de que la satisfacción se alcanzase si la necesidad fuera desconocida. Y nadie, sino la nación misma que la siente, puede exponerla debidamente para que el remedio sea aplicado con acierto.

También en este orden de la representación nacional una contumaz anfibología, al secar las fuentes naturales de la ley, ha venido a causar en las sociedades políticas este hondo malestar en que ha largo tiempo se debaten. Se ha mudado el asiento de la representación. Se ha adjudicado el altísimo honor de representar a un país a organismos que por naturaleza—como veremos—son la negación de todo lo nacional.

Son estos organismos los llamados partidos políticos. Una idea, una bandera y un interés aquí; otra idea, otra bandera y otro interés allí. Lucha entre unos y otros. En medio, el poder como premio al vencedor. Es este el gran descubrimiento de la Revolución. No importa que la idea no sea nacional; ni que la bandera nada tenga que ver con la que a la nación recuerda; ni que el interés no se armonice con el general. Lo original de la concepción consiste en que la idea no pertenezca a la tradición nacional; en que la bandera sea producto de la fantasía de unos cuantos; en que el interés general se subordine al del partido. Y en que lo que es nacional sin disputa, el poder, se entregue a los partidos políticos antinacionales por su idea, su bandera y su interés. No es de admirar que anfibología de este corte haya llevado a los pueblos a situaciones críticas. Lo contrario sería digno de admiración.

una selección moral e intelectual que les autorizase, si no a gobernar y a representar a una nación, por lo menos a ejercer sobre ella una legítima influencia. Pero esas minorías no sólo no son producto de una selección que depura, sino de una selección al revés. Bastaría recordar que el premio con que se corona al vencedor en la lucha política es el poder, para inducir los efectos que su codicia hubiere de producir en los combatientes. Pero la realidad lo confirma. El mismo político anteriormente citado nos facilita un texto inequívoco. "El personalismo es una condición inseparable—afirma—de los Gobiernos de gabinete y que se refleja de una manera evidente en el modo con que se constituyen los partidos, el fondo de los cuales está formado por gentes que, por lo limitado de su inteligencia e instrucción, no tienen para pertenecer a este o al otro partido más razones que su medro personal, sus simpatías hacia un determinado hombre político y los favores que de él mismo puedan obtener; o, a lo sumo, consideraciones de familias u odios o rencores de vecindad. Vemos, pues, a lo que queda reducida en los Gobiernos parlamentarios la llamada opinión pública... queda reducida a una *minoría grosera e indocta* que no representa más opinión que el *criterio personal* de un determinado hombre público."

Los partidos políticos, pues, constituyen en la nación una minoría que es indocta y grosera; y no representa otra opinión que el criterio personal de un hombre público. ¿Para qué investigaciones más profundas acerca de la naturaleza de los partidos políticos, ni testimonios de mayor autoridad respecto del alcance de su representación?

Una minoría, indocta y grosera, y que no representa otra opinión que el criterio personal de un hombre público, no puede, evidentemente, representar a la nación. El conjunto de los partidos políticos que en el régimen liberal tienen asiento en los Parlamentos, que no es más que una suma de minorías indoctas y groseras y que no representa más que diversos criterios personales de sendos hombres públicos, tampoco, con la misma evidencia, puede representar a la nación. Cuando, en las llamadas *sesiones históricas*, el Parlamento así formado ha pretendido hablar en su nombre, ha cometido un verdadero acto de usurpación.

Pero no sólo por su composición, sino por definición, los partidos políticos carecen de capacidad para representar a una nación. A la ley—que sería el fin de su actividad—no llevan elemento alguno de interés público, de bien común; sino concepciones más o menos incompletas, vagas e imprecisas, acerca de la naturaleza del hombre, de la sociedad y del Estado; es decir, principios de Derecho natural—que son cosa totalmente distinta del interés público y que precisamente se hallan excluidos por su condición del escrutinio de opiniones—, y el interés natural de todo organismo por su existencia y progreso. Y como a mayor abundamiento, la necesidad primaria de la *estabilidad* de la vida jurídica exige que tan sólo en períodos extraordinarios de la vida nacional se pongan en tela de juicio aquellas elevadas nociones de Derecho natural, a los partidos políticos no les queda normalmente y por naturaleza más campo de acción que el propio del interés por su existencia y progreso; es decir, el de su *particular* interés.

¿Cómo extrañarnos, después de conocida la naturaleza de los partidos políticos, de que su obra corresponda fielmente a su naturaleza? ¿Cómo asombrarnos de que públicamente, sin sonrojo alguno, se haya proclamado una y mil veces por los partidos políticos su hostilidad, a determinadas medidas de gobierno si se hallaban en la oposición, a determinadas iniciativas de la oposición si constituían gobierno; no a nombre del interés público, sino a nombre del interés del partido? ¿Cómo no explicarse el fenómeno—de otro modo inexplicable—por el que, de vez en cuando, en los momentos de grave peligro para la vida del Estado, se constituyan gobiernos llamados *nacionales*, que aunque no lo fuesen más que de nombre, denunciaban que los de partido no lo eran?

Hay que proclamarlo muy alto. Los partidos políticos no representan a la nación. Los partidos políticos son organismos superpuestos a ella que sobre ella vegetan parasitariamente. Acaban, pues, con la substancia nacional; y si queremos conservar, hemos de aniquilar antes de nada toda organización partidista.

Y así se disipa esta tremenda anfibología. No solamente los partidos políticos no representan a la nación, sino que su vida es absolutamente incompatible con la vida nacional. O vive la nación, y para ello hay que destruir los partidos políticos (como elementos de representación y de gobierno, se entiende), o se mantienen los partidos políticos y se da muerte a la nación.

ASKAR ZUMAYA

FABRICA

de motores marinos e industriales.

GRUPOS MOTO-BOMBA

para regadíos, agotamientos y contra incendios.

GRUPOS ELECTROGENOS, ETC.

Potencias de 3 a 120 H. P. y de 1 a 8 cilindros.

FUNDICION

de hierro, metales y maleables.

ASTILLEROS

Construcción de toda clase de embarcaciones de pesca servicio y recreo.

PROVEEDORES

de la Armada y Sociedad Española de Salvamento de Naufragos.

ESTUDIOS

proyectos y presupuestos gratis.

Clave A. B. C. 5.ª edición

TELEFONO NUM. 35

Telefonemas
Telegramas
Cables

ASKAR

Confrontando textos

por Ramón SUERO DIAZ

Hace poco más de un año—el 20 de noviembre del pasado—leyó en el Ateneo de Madrid su presidente, don Manuel Azaña, un discurso glosando la historia de la casa. No faltó, no podía faltar, dada la filiación del discursante, el ambiente del recinto y la época en que aquél se producía, una alusión al "papel preponderante del ejército en nuestro siglo XIX", y con palabras que no es ocioso reproducir:

"Este juego—decía el señor Azaña—engendrará una fábula capital del siglo: la fábula del ejército instaurador de la libertad. Idea popular a cuya difusión consagró Galdós no sé cuántos volúmenes; bastaría la cuenta de los pronunciamientos para demostrar su falsedad. El ejército, en su papel de árbitro, no iba a ser distinto de la clase social que en su organismo prepondera, y la ha seguido en su evolución. A muchos les habrá pesado; era inevitable que la burguesía española, por no haber sido a su hora, que tal vez pasó para siempre, bastante radical, se viese un día a los pies de sus hijos, tenientes de infantería, y con los burgueses toda la nación."

Las palabras eran medidas y estaban hábilmente dosificadas. Sin embargo, no era preciso ser muy suspiroz para ver tras ellas el mismo reproche, la misma tacha que la inmensa mayoría de escritores liberales o liberaloides, y con pretensiones—más o menos justificadas—de pertenecer a la espuma de la intelectualidad bulleante, reservaban, ya de un modo ritual, para el ejército. Una antología de textos en apoyo de esta afirmación requeriría no gran trabajo, pero sí un espacio de que no dispondría CRITERIO por larga vida que a Dios pluguiera concederle; pero sería, de cierto, ociosa para los que no padecían de más o menos acomodaticia amnesia.

No hace mucho tiempo, y en estas mismas columnas, anunciaba yo la hora en que histórica y documentalmente había de probarse ser falso que los militares por sí mismos hubiesen perturbado la vida política de la nación; la hora en que apareciese a la luz del día qué hombres civiles habían preparado cada pronunciamiento, y cómo, en cada caso, los militares habían sido los actores aparentes, movidos por aquellos que sabían—a falta de más útiles cosas—hacer vibrar ciertas fibras delicadas particularmente sensibles en ellos.

Cuando tal afirmaba, veníame a la memoria algo que tenía leído y que era muy al caso: la "Memoria" presentada a la Asamblea del Gran Oriente Español, el año 1915, por el Gran Maestro, don Miguel Morayta. El cual, refiriéndose a las sublevaciones militares, dice: "Green los enemigos de la masonería herida en el corazón cargándole en cuenta todas estas sublevaciones; pero tal acusación la honra." Y así debe ser, porque en las relaciones de *hermanos* que pueden entresacarse de sus páginas se leen los nombres de Espoz y Mina, Mina el joven, Porlier, Richard, Torrijos, López Pinto (*Numa*), Lacy, Quiroga, Riego, Dulce, Pierrad, Moriones, Contreras, Malmcampo, Prim, con tantos otros que tienen plaza en la historia de los pronunciamientos. No sólo Morayta había de proporcionarnos elementos para aquel nombrado estudio histórico. Alcalá Galiano en sus memorias nos los ofrecía copiosos. Y no son escasos los que pueden espigarse aquí y allá en la copiosa bibliografía histórica de la primera mitad del siglo pasado. Para la segunda tampoco habían de faltarnos: más de una década alcanzan los datos de Morayta; y no son escasas las fuentes para averiguar, o cuando menor intuir, la parte que tomó la masonería en otros pronunciamientos posteriores, inspirados, alentados y promovidos por Ruiz Zorrilla, al que, si no estoy trascorrido, se designaba entre los iniciados con el inefablemente ridículo nombre de Cavour I.

La tan traída y llevada perspectiva histórica es más necesaria que para ningún otro tema, no ya para enfocar, sino para vislumbrar siquiera la que éste puede ofrecer; porque la reserva y la discreción de los hijos de la *viuda* no suele quebrantarse y nada puede traslucirse por ellos de sus actividades actuales. Sin embargo, no será ilícito hacer una *extrapolación* histórica, y seguramente el tiempo confirmará lo que desde ahora pudiera apuntarse con relación a sucesos, incidentes y actitudes no lejanas.

Pero todo ello parece ya superfluo. El día 2 de este mes de diciembre, en la sesión de las Cortes, el jefe del Gobierno y ministro de la Guerra, don Manuel Azaña, pronunció un discurso interesante, a pesar de algún que otro error de técnica militar que no es del caso analizar. Pero sí es interesante subrayar algún párrafo.

"El ejército—dice uno de ellos—había tomado en España la preponderancia política que todos conocéis, no por su culpa, ni de la función militar, ni siquiera de los militares personalmente, porque todos nacemos de la misma cantera, sino por la falta de densidad de la sociedad política española, en la cual, desarraigados los organismos del antiguo régimen, cercenadas las autoridades y los prestigios que mantenían la disciplina, resultaba que la auto-

siglo pasado, porque no era el ejército el que se sublevaba o pronunciaba, sino los partidos políticos, que se atraían todo o parte de él, en general, para escalar el Poder o mantenerse en el Poder. Sólo en el año 23 se ha producido en España un pronunciamiento militar estrictamente de clase, pero los otros eran de carácter político; el año 23 se da el pronunciamiento del general Primo de Rivera por primera vez en la historia de España con carácter realmente de profesión y de clase en los anales militares, pero antes esto no había acontecido."

La complacencia con que el amor a la verdad histórica me convida a recoger la primera parte de texto tan en armonía con el punto de vista que yo había defendido y la demostración histórica de cuyo acierto estaba a dos dedos de emprender, tiene que verse algo atenuada por la injusticia que encierra la segunda; otra vez habría que traer aquí a colación la falta de perspectiva histórica. Sin embargo, es una rectificación que no vale la pena de emprender, porque en la memoria de todos está la intrincada—por más que algunos quieran, interesadamente, hacerla aparecer llana y sin complicaciones—génesis de aquel movimiento, la calurosa acogida que le dispensó la opinión, y las varias características que lo declaran hijo natural, si no legítimo, de las Juntas, y por ende, directamente emparentado con todos los demás movimientos del mismo carácter anteriores, por lo menos en lo que a apoyos, alientos y esperanzas, prestados o puestos en ellos por elementos no escasos ni ajenos al medio castrense, se refiere.

Pero más interés que en este aspecto histórico, lo tiene esta parte de la pieza oratoria del señor Azaña, cuando se advierte cómo el ministro de la Guerra rectifica algunos matices ideológicos del presidente de Ateneo. Y hay que felicitarle si la rectificación es sincera, cosa que, dicho sea de paso, yo no me permito dudar.

El sufrido papel

Revista de la PRENSA

No estaba inspirado el Sr. P. C. cuando escribía en A B C:

"Es sabido que todo problema político encierra otro económico que lo dirige y lo domina."

Eso ocurre cuando se llama política a la política moderna. Pero en la verdadera realidad de las cosas ocurre al revés, esto es, que todo problema público económico implica otro político que lo engendra o le desatiende.

Y seguía, descaminado al añadir: "Así como en las querellas y en las locuras de los hombres se aplicó de siempre la fórmula francesa: *Checher la femme*..."

Esa fórmula francesa está traducida del español que la esculpió en verso

"Cuentan que un corregidor preguntaba: ¿Quién es ella?"

Che, pero, ¿es otra cosa la revolución? Y sigue:

"Un régimen que quiere vivir ha de ser transacción y atracción."

¿Un régimen?... Pero, ¿cuál? Porque el régimen de *contradicción*, el de Maura, el liberal, el de partidos, el de opiniones, el democrático, el parlamentario, el constitucional, con corona postiza o con palacio demasiado ancho, no es transacción, sino discusión; no es atracción, sino guerra civil permanente de unos clanes contra otros.

¿Suavizar?... Pero si todo el pensamiento y el móvil de la política democrática es ser *progresivo, avanzado, revolucionario*, ¡peleón!

Acuérdese *La Nación* de lo que dijo el día antes, que eso sí iba por buen camino:

"Y, además, nosotros somos sinceramente y francamente antiliberales y antidemocráticos. El liberalismo y la democracia son cosas viejas y fracasadas."

Por ahí, por ahí. Eso está bien. Pero pedir peras al olmo... ¿para qué?

Se dejó de publicar *El Imparcial*. Mas fue cosa de veinticuatro horas. Ha vuelto a reaparecer. Y más *imparcial* de lo que siempre había sido. Véase, si no, lo que en el número de su nueva etapa dice:

"Aprendan nuestros lectores la doctrina de Mella con sus grandilocuentes discursos parlamentarios, en la seguridad de que les servirá de guía para defender la verdad de unos principios que pugnan con la escoria de la doctrina liberal, tan averiada ya, tan caduca y tan grotesca."

Imparcial El Imparcial. Le auguramos, si persevera, los mejores días.

¡Bendito sea el Señor! Es la hora de las conversiones. Comentando el discurso de Ortega y Gasset, dice *El Debate*:

"La influencia política de la Iglesia es una leyenda... Todos los metropolitanos, todo el Episcopado español fueron desatendidos y desairados en su justísima petición de que millares de sacerdotes, a quienes, de otra parte, el Estado español se reconocía obligado entonces, no recibieran de él el peor trato y remuneración menos decorosa, que un humilde portero ministerial... La Iglesia española, empobrecida y mal respetada... ni siquiera era oída como mereciera en las altas esferas del régimen monárquico." (Se refiere a la llamada monarquía constitucional.) "Ni tampoco fue respetada, ni amparada en el ejercicio de derechos incontestablemente reconocidos a ella, por el Concordato o la ley de Instrucción pública en materia de enseñanza."

El pago de las suscripciones es adelantado en la Administración: P y Margall, 18, o por Giro postal. Teléfono 90545

¿Pero no eran católicos tantos gobiernos, tantos partidos, tantos hombres que destilaron por el Poder? ¿Es que como decía Maura, acreditando desconocer hasta la esencia de lo que es gobierno—no les dejaban gobernar? Vámonos, si es que el régimen era malo.

Pues hemos perdido un siglo en sostenerle con los paños calientes de *El Debate* y sus antecesores... ¿Hay quien reincida?

Hernando de LARRAMENDI

Conferencias de Criterio

Rogamos a cuantas personas han pedido localidades para asistir a la conferencia de nuestro director, don Luis Hernando de LARRAMENDI sobre el tema

El Amor, profunda raíz política que no se extraña por el retraso en contestarseles.

La conferencia se dividirá del modo siguiente:

Primera parte: (En tono menor.)

El Amor.-La Política.-La Historia Intermedio musical.

Segunda parte: (En tono mayor.)

La vida.-El combate.-La Gloria

Epilogo poético.

Las butacas se venderán a 2 pesetas; los palcos, a 50, y las entradas, a 0,50. Pese al ciclo de conferencias, en el que disertarán, además de nuestro director, los Sres. PEMAN, PRADERA, PALACIOS, Conde de SANTIBÁÑEZ DEL RIO, Marqués de LOZOYA, BILBAO y el insigne "FABIO", no comenzará hasta la fecha que se acuerde en la reunión de Amigos de Criterio, que se celebrará en un restaurant elegante, que no será Lhardy.

VERSOS DEL MOMENTO

por M. de P.

Señor don Quijote
torna a nuestra tierra.
Más que nunca hoy tienen
empleo tus fuerzas.

Tenemos gigantes
(molinos por fuera)
con brazos muy largos,
pero sin cabeza.

Y unos galeotes,
personas muy serias,
que aunque la merecen
marchan sin cadena.

Hay también enanos
en algunas ventas,
amenazadores
con palabras gruesas.

Aquellos pellejos
que dormido hendieras
son hoy claro símbolo
de la hispana hacienda.

Temiendo a tu cólera,
sólo a un muerto dejan.
Ahora hacen lo mismo
con quienes destierran.

La barca que iba
sin timón ni velas,
es hoy nuestra España
laica y petrolera.

Los sordos batanes
que Sancho temiera
hanse convertido
en palabras huecas.

Y de los leones
ni recuerdo queda:
su puesto lo ocupan
chacales y hienas.

Don Diego Miranda,
el del hijo poeta,
hoy luchando vive
con la gente obrera.

Y, si se descuida,
tendrá la sorpresa
de que un nieto suyo
comunista sea.

Montesinos tiene
su encantada cueva
como del turismo
atracción suprema.

Tu inmortal amada
ser nombrada reina
busca en un concurso
de hispanas bellezas.

El doctor que a Sancho
impidió comiera,
por curar tragones
preciso es que vuelva.

Sobre Clavileño
fuiste a las estrellas;
sin de aquí movernos
hoy nos hacen verlas.

Tu vuelta, vencido,
a tu pobre aldea
desde Barcelona,
es también la nuestra.

Señor don Quijote,
por tierras manchegas,
sobre Rocinante,
¡quién verte pudiera!

Tengo yo de luto el alma
ante mi España que hoy gime.
Sin fruto están los agostos
y sin flores los abrils.

Tengo yo de luto el alma
viendo a los nuevos caciques
que hacen buenos a los otros
y malo a quien bien les sirve.

Tengo yo de luto el alma;
consolarme es imposible,
pues cuanto oigo y cuanto veo
es ridículo o es triste.

Tengo yo de luto el alma,
¡quién hoy alegre se ríe?
Confinamientos y multas
hacen prudente al más chirle.

Tengo yo de luto el alma
y en su aflicción sólo pide
vivir si se salva España
y morir, si ha de morir.

Una condecoración
A la "Argentina" otorgaron;
Yo, en vista de ello, os advierto
que al son que me tocan bailo.

Gran artista de la danza,
al obsequiarle pensaron
que ser danzante es ahora
el honor más codiciado.

A mí me parece bien
el galardón ofrendado,
pues hoy está muy en boga
el echar los pies por alto.

Mas me siento disconforme
con dar, para ello, aquel lazo
que de Isabel la Católica
el nombre lleva preclaro.

Si el Gobierno continúa
distribuyendo regalos
de esa clase, es preferible
crear para baile y canto,

una condecoración
libre de penas y gastos
y que de Pastora Imperio
el nombre lleve gitano.

Héroes vascos

ridad militar era la única fuerza existente, el único resort de mando y de ejecución de que disponían los débiles Gobiernos parlamentarios del siglo pasado para hacerse obedecer y aun para conquistar el poder."

(Este don Manuel Azaña nunca deja de ofrecer temas a la glosa, ya los emita desde la cabecera del banco azul, ya los deje caer como al desdén desde la presidencia del Ateneo. Las palabras que más arriba me permití subrayar en el texto que ofrece el "extracto oficial de la sesión", darían materia para comentarios que quizá salieran de las posibilidades que dejan hoy a la pluma ciertos preceptos gubernativos. ¿Y a qué reflexiones no se presta, y aun a qué recelos no exentos de cierta justificación, esta apreciación que en relación con los hombres de la pasada centuria emita, como presidente del Ateneo, en la ocasión al principio aludida, el hoy presidente del Gobierno? "Aquellas gentes—decía—, como revolucionarios, sabían de sobra lo que no todos los aspirantes a revolucionar han sabido, ni tal vez saben: que una revolución, para ser cumplida, necesita dos condiciones: *cambiar la base económica del Poder*; variar la base psicológica de la fidelidad." Claro es que el desarrollo completo de esa tesis no sería el tema más a propósito para servir de reclamo a quienes habiendo colaborado, colaborando, o disponiéndose a colaborar con el orador del Ateneo, quieren atraerse la benevolencia, la confianza y los votos, que quizá les interesen más—, de las clases conservadoras.)

Pero volviendo al tema de estos comentarios, y al hilo del discurso parlamentario a que venía refiriéndome, no quiero dejar de copiar aquí, aún, un párrafo: "...La intervención del ejército en la política del siglo XIX, que no es por una culpa del ejército, sino resultado de la situación política y social de nuestro país en todo el

"En el encuentro llamado de Camp de Espina, cerca de Sepúlveda, ocurrido el año 1111, un noble caballero, del apellido de Olea, llevaba como alférez la enseña del ejército castellano. Huir cuando todos huyen puede hacerse sin particular afrenta y sonrojo, arrastrado el guerrero por la obediencia, o por el ímpetu de la ciega muchedumbre; pero huir teniendo en sus manos el emblema del honor, la bandera del campo, por nada se disculpaba a los ojos de caballero de Olea. Esperó, pues, a p'e firme con algunos soldados, que no pudieron resistir tan noble ejemplo; esperó, con su estandarte en la izquierda y el acero en la derecha, la remedia de aragoneses y navarros. De la primera cayeron muertos cuantos a su lado estaban; él, sin embargo, quedó ileso; defendiase con la mayor bizarría; pero de un tajo vino al suelo la mano con que empuñaba el asta del castellano pendón, que no por eso dejó de seguir enarbolado. Quedaba al caballero de Olea una mano todavía, y antes de defender con ella su vida debía sostener el honor de su bandera: asíola con la derecha, gozoso de que al trasladarla no se hubiese inclinado ni abatido ante sus contrarios.

—¡Olea, Olea!—clamaba con entusiasmo el heroico alférez, cuando otro tajo vino a partirle por mitad el brazo que le quedaba. Ni aún así cayó al suelo la bandera de Castilla. Con los dos brazos rotos, cruzados al pecho, continuaba sosteniéndola, y radiante de gozo porque permaneciese erguida, clamaba con fervoroso acento: ¡Olea, Olea!

—¡Ríndete!—le gritaron los aragoneses asombrados de tanto valor.

—¡Castilla y Olea!—respondió el alférez con altanera sonrisa de triunfo.

Uno de los contrarios echó mano al asta para arrancársela; pero los brazos partidos de Olea parecían dos barras de hierro enclavadas a la coraza.

Recibió luego un mandoble en el hombro derecho, el brazo cayó cortado de raíz, y Olea acudió con los dientes en auxilio del izquierdo, que mantenía aún la enseña, como si estuviese fija en el suelo. Otro golpe vino a derribarle el brazo que le quedaba, y entonces aquel

tronco sin ramas, no pudiendo hacer más por el honor de su estandarte, dejó caer y se arrojó encima como para defenderle todavía con su cuerpo mutilado.

—¡Olea, Olea!—gritaba cubriendo los pliegues de la bandera y dándole besos con entusiasmo ferviente; y no cesó de gritar ¡Olea! hasta que un soldado le remató segándole la garganta.

Sólo entonces pudieron los aragoneses y navarros arrebatarse el pendón que se le había encomendado. Desembarazaron; las armas de Castilla habían desaparecido, borradas con la sangre del alférez."

Así defendieron siempre los hijos de Vizcaya la Bandera Nacional, que si en el siglo XII era sólo de Castilla, hoy es de España.

El linaje de Olea era una de las dos casas principales de armería y de parientes en la antigüedad de Baquío, merindad de Busturia. En 1187 esta familia de Olea figura en la donación que doña Aldonza, viuda de D. Lope Díaz de Haro, hace a un tal D. Lucas de las posesiones que tenía en Nalda, y entre los testigos se encuentra Gutierro Ruiz Olea, yerno de Fortuno de Arreta—Guter Royz de Olea. Gener Fortumil de Arrieta—caballeros que se hallaban bajo las órdenes de D. Diego López de Haro, hijo de D. Lope Díaz y esta Doña Aldonza.

Este caballero es el conocido en Vizcaya con el nombre de Olea, el alférez de Baquío, por tener su solar en dicho término del señorío; y sus descendientes los Oleas de Baquío y de Mendeja llevan en memoria y gloria de este vástago de su linaje las siguientes armas: Escudo azul, que significa lealtad y constancia, y en él una lanza de justa, de oro, y en ella un pendón de dos puntas también azul con flecos de plata, y sobre todo, una cruz ancha de plata, siendo también de plata el hierro de la lanza. Debajo de la cruz, una manopla de plata y en ella una mano cortada y aguas marinas en punta. Orlan el escudo dos culebras de sinople rebajadas y con las cabezas anudadas en la cabeza del escudo. También las colas aparecen rebajadas, esto es, trenzadas.

Del resto de las inspiraciones del mismo artículo prescindimos, con harta pesar, por no referirnos a negocios de la política nacional, ni permitir una apostilla, dada la brevedad de esta sección.

"Cualquier conato de dividir en los momentos actuales a las fuerzas de la derecha"... dice *El Debate*.

De la derecha, de la derecha... ¿de la derecha de quién? ¿Pero piensa *El Debate* que puede haber algo más divisor que un continente puramente relativo y variable como ese concepto de *derecha*? Si decir *derecha* es ya decir una parte, un fragmento, un trozo dividido.

Y que, por naturaleza, lleva en sí la división en más y menos *derecha*.

Para unir hay que dar unidad, y para dar unidad hay que salir de ideologías de parcialidad, de relatividad y de disgregación.

Donde se acaba lo que varía, allí comienza el espíritu católico y su unidad.

Sigue *El Debate*:

"...nos parece sencillamente criminal y no hallamos con facilidad palabras bastante duras para exacerarlo."

No las hay. Por dividir, en los momentos actuales y en todos, a los españoles fieles a las tradiciones del país, entre los cuales el catolicismo era la más esencial, y formar *capillitas* con canonizaciones personalistas, un día de Pidal, otro de Maura, otro de... cualquiera, es por lo que se ha llegado a la catástrofe presente. Unidos todos, otra sería la suerte de España.

La lección, para lo sucesivo, es que sólo tiene eficacia y resiste lo que no es *derecha* ni *izquierda*, sino siempre invariable. Religión, Patria, Monarquía: la Tradición de España. Y muy antiguo y muy moderno, como dijo el poeta.

Dice *La Nación*, refiriéndose al nuevo (!) cuaternillo constitucional:

"Las Cortes debieran suprimir o suavizar los motivos de discordia política, y lo que han hecho es encender esas discordias."

La Marcha de Oriamendi

Y OTROS HIMNOS CARLISTAS

ESTAN EDITADOS EN MAGNIFICOS DISCOS

DE VENTA EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS FONOGRAFICOS

Ayuntamiento de Madrid

Los días y las horas

Revista de la SEMANA



Confusión y disolución

La defraudación de la Aduana barcelonesa acaba de revelar—¿qué puede ya ocultarlo?—el estado de disolución moral presente. Fraude añejo, en el que eran muchos responsables, parece, según las informaciones de Prensa, que acordaron, para salvarse los más, el crimen a la suerte de uno, igual que pudiera acordarlo un clan salvaje. Sortearon a quién le correspondía suicidarse para echar sobre sí toda la responsabilidad. Y, en efecto, el desgraciado de la suerte se suicidó.

¡Qué monstruosidad! ¡Qué miserable cobardía la de esos criminales que dejan matarse al compañero como alibi de la propia culpa! ¡Qué corbarde se cedió al temor de sus camaradas, y qué insensato si creyó ejecutar un acto generoso, el desventurado suicida! ¡Qué mentalidad la de la Prensa que lo admiró!

En el fondo todo ello no es más que la confusión intelectual y moral de un siglo de predominio del ininteligente error liberal opinionista.

Como no hay sentido político ni sentido común, no hay tampoco sentido moral. Todo es opinable.

Absurdo es el pesimismo transcendental, única base lógica, si pudiese haber lógica sobre el absurdo, que cupiera tener al suicidio; pero, creer hasta en la dicha de la vida humana y suicidarse... ¡Cuanto se pierde la clara idea de Dios, todo es locura!

Y la idea de Dios y la Religión, ¿cómo no han de estar oscurecidas en una sociedad política donde se las invoca como diferenciación de partido? Los católicos, nosotros los católicos...

¡Qué profunda confusión de todos los fundamentos!



Cesarismo a la vista

Comentan los periódicos las corrientes políticas de Alemania, y lo que a ese pueblo ocurra en el presente difícilmente dejará de repercutir en el mundo.

Alemania padece una múltiple tragedia íntima: la del problema de autoridad, la de las onerosas consecuencias de la guerra y la de sus desventuras religiosas, que derivan del tiempo de la llamada reforma.

ERRATAS

Nuestro ilustre colaborador, admirable poeta y literato don Manuel de Palacios y Olmedo es persona a quien parece que la Providencia en nada quiere escasear sus dones. Salvo en la impresión de sus trabajos literarios, que, no obstante la excelente tipografía de CRITERIO, tal día le hacen sacar en macarrónico una citación latina, otro decir alazanes, y en el número postrero, aumentar en un pie algún endecasílabo o suponer que Circe fué la mayor de las revoluciones, cuando Palacios pensó, claro es, que era la maga. Conste así, aun cuando la cultura de los lectores y la de nuestro cultísimo colaborador no lo precisaban.

De la preponderancia de electorados, que hacían incoercible la vida del Imperio en otros tiempos, y que tuvieron como el alma de Garibay al César Carlos V, dificultando tan prolijamente sus ingentes esfuerzos de la más noble alquimia política, se había salvado en el pasado siglo por la obra del Canciller de Hierro, que produjo una formidable unidad patriótica. Bajo ese espíritu de autoridad y disciplina, la prosperidad alemana se desarrolló asombrosa. Y ahora, entre la añoranza de tanta ordenada grandeza y la debilidad presente de todas las inquietudes del partidismo suelto en régimen democrático, con la constante influencia que filtra la propaganda y la proximidad soviética, la tragedia íntima es un debate entre el ser y el no ser, entre la restauración de la autoridad y la disolución en la ruina revolucionaria.

A ello se mezcla la triste condición del vencimiento, con las cargas morales y económicas del tratado de paz y sus derivaciones, encendiendo de una parte hasta el rojo blanco, por enroscado que se le guarde, el sentimiento nacionalista, y peligrando llevar a extremos catastróficos el país, de otra, bajo las brumosas inspiraciones internacionalistas y demagógicas.

Crece y crece la marea, los partidos se hacen ejércitos, la lucha civil permanente, propia del opinionismo, es de continuo grave y sangrienta en Alemania. Para lograr quince días de paz se promulga ahora un decreto ley que ordena la tregua política desde el 21 del corriente al 4 de enero; se adoptan medidas financieras para hacer frente al déficit, que crearán aumento de malestar, y se reprime la fabricación y tenencia de armas.

No es precisa demasiada agudeza para prever que todo será inútil y que está a la vista del Poder Hitler.

En el momento actual en que el mundo, bajo apariencia de estar dominado por la democracia, prepara, notoriamente, la apoteosis de la autoridad monárquica, es muy transcendental lo que va a ocurrir sin tardanza en Alemania, porque las culpas religiosas del siglo XVI no han dejado en ella un espíritu que permita confiar por completo en que el ejemplo que se va a producir carezca de excesos peligrosos, aparte de que las derivaciones de la última guerra le propicien peligros excesivos. ¡Dios sobre todo!



Al son que tocan, bailar

Siempre fué frívolo bailar al son que tocan. Pero nuestro tiempo bate el record, como

ahora se dice. Bailamos como pluma en el viento; ¿qué mayor volubilidad que el viento de la opinión? Esa es la moda, y quien dice moda dice un son que bailar. Pequeño son el del proyecto de ley sobre divorcio vincular para invitar al baile... Y danza macabra el de secularización de cementerios... Y la residencial del ya proclamado Presidente—puesto que la elección sólo es un rito sin contenido—, que, según parece, se propone habitar en el Palacio real oficialmente y realmente en su palacio propio... Todo es danza.

Esa es la única explicación del con-

curso de Price, donde se intenta bailar sin cesar durante un mes. ¡Treinta días con sus noches bailando! No en son de fiesta, ni de alegría, ni de solemnidad, ni de amor, ni de arte... Bailar y bailar, por bailar.

Con menos penitencia se logra ser santo; con menos esfuerzo, triunfador en cualquier gran empresa.

¿Quién dijo que éramos una república de trabajadores parados?... Parados y sin parar. ¡Hay mayor trabajo que pasarse treinta días, con sus noches, bailando al son que tocan?

A no ser que venga alguien a moralizarnos con la vieja lamentación: ¡Lo que inventan las gentes para no trabajar!



Siempre para atrás

Más bombas. Pocas cosas dan idea tan exacta del cambio operado en la conciencia social como la frecuencia del hallazgo, que significa mayor abundancia de construcción, de bombas explosivas, destinadas a la guerra permanente de las clases y de dentro de las clases.

Una bomba es la multiplicación del posible daño, en la intención cuando menos, y la disminución al límite más temerario y cauteloso del riesgo que corra el dañador.

Es la aleveosia, es el perfecto embudo, es, en fin, lo más contrario a la hidalguía, a la caballería, al valor generoso, al sentimiento de la justicia de otros tiempos, en que hasta los bandidos tenían a gala la arrogancia del peligro y la nobleza en medio del delito.

Hacer daño a mansalva será siempre un sistema de lucha política, despreciable en su aspecto psicológico y moral e incompatible con toda ideología racional, inteligente, civilizada y digna de atención.

Sin embargo, errará el que crea que ese proceder es sólo aceptado por gente escasa y que de cualquier modo sería criminal; no, hay mucha, muchísima gente en el mundo, y en plena juventud, la edad de las más fáciles y apasionadas generosidades, que acepta, comparte y propaga esos procedimientos... políticos.

Y la razón es que se acaba la conciencia formada sobre verdaderos criminales, en otras épocas; que se agota el tesoro de costumbres y sentimientos nobles y humanos recibidos de las épocas pasadas; que la revolución no es una ola que avanza, ni es siquiera

la comedia cómica del 14 de abril, sino que es la corrosiva labor de un siglo, operada por la carcoma de las opiniones, de los papeles sin solvencia intelectual ni moral, por la desvergüenza de todas clases autorizada de derecho. Todo lo bueno ha sido ofendido, burlado y desestimado; todo lo disparatado, salaz e impio se ha exaltado y defendido como mágica novedad redentora.

Y cuando el encaje afligido de la civilización se ha destruido casi por completo, no queda nada que encubra a la fiera humana, como no sea el ardor de astucia con que se ocultan para acecharse en el bosque las alimañas y cazarse sin compasión unas a otras.



Modernidad y pacifismo a patadas

El desprendimiento es místico; la serenidad es filosófica; la incongruencia es pogresista. Lo místico es por naturaleza oculto; lo filosófico es por condición razonador; lo pogresista es fatalmente vulgar...

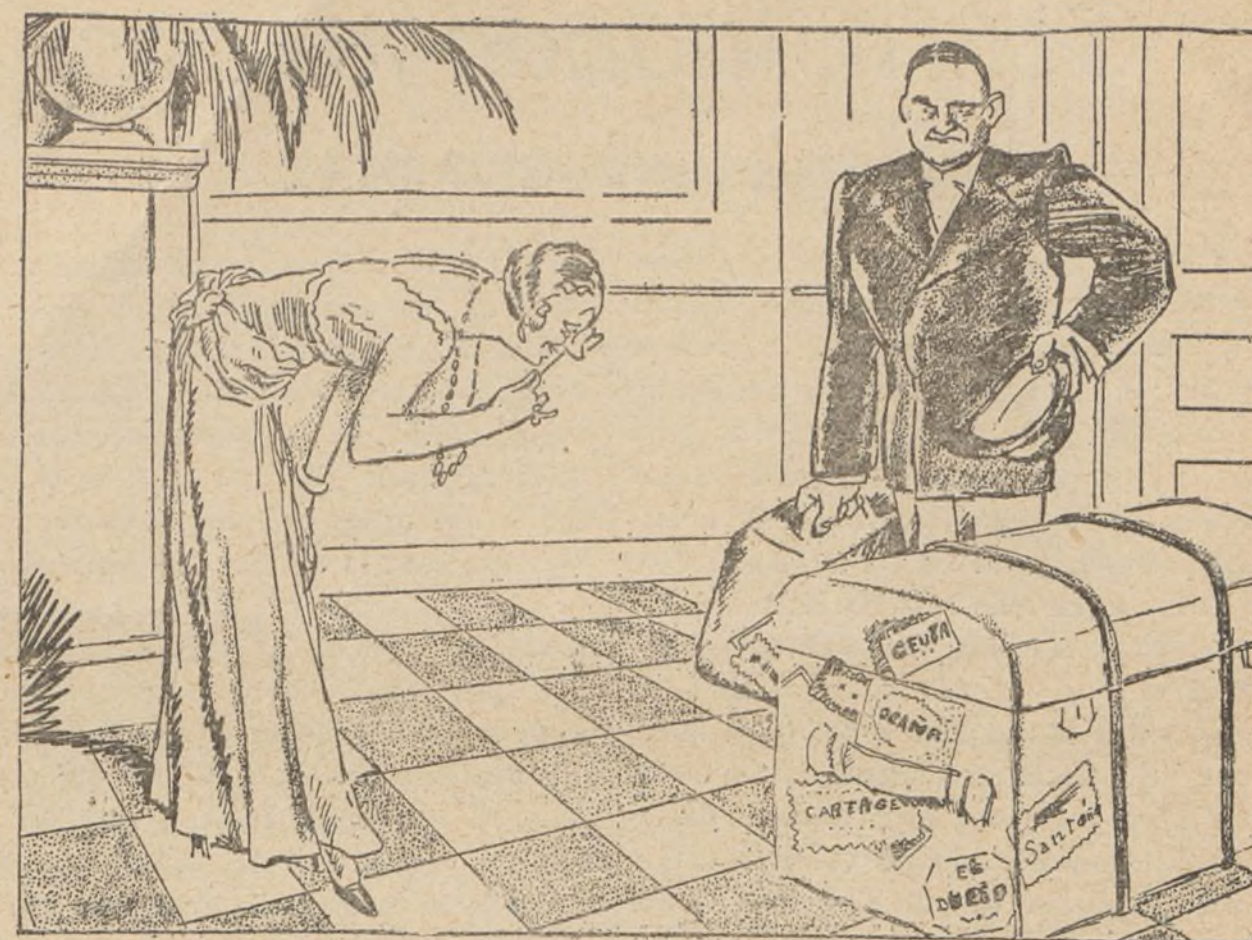
Nuestro tiempo se avergonzaría de ser místico; considera poco práctico ser filósofo; pero alardea de ser democrata, mayoría, de la serie de la época, vulgar.

Mientras el misticismo vive en la llama de amor y el filósofo en la reflexión de los distinguos, al vulgo nada se le da del renunciamento ni de la contradicción: él se llena de satisfacción el ánimo con simples etiquetas, palabras falsas, pero en curso, y sentise formando rebaño con la multitud.

Todo esto viene al tanto del hecho del día: el partido de foot-ball entre equipos español e inglés y de los comentarios que suscita a un observador sereno, que es como decir algo elevado y filosófico.

No me refiero ahora a la afición que despierta el dicho deporte, sino a que es una realidad de extraordinaria difusión y a la circunstancia de que apasiona a las muchedumbres más que los toros, a que por naturaleza cada partido tiene carácter de batalla y a que en los encuentros internacionales, y aun simplemente regionales y hasta de asociación a asociación, el foot-ball levanta sentimientos de rivalidad entre las colectividades a que pertenecen los equipos.

De lo que son estas rivalidades tiene buena y exacta idea el que conoce las que se originan y se sostienen decenas de años entre pueblecitos mari-



SU NUEVO MAYORDOMO

—Tiburcio, tiene usted el baúl muy elegante. Se ve que ha viajado usted mucho.

(Dibujo de Abel Faivre, en Candide.)

timos hermanos por derivación de otro deporte: las regatas.

Y como todo el mundo moderno está infectado de pasión futbolista y son centenares el número de los partidos que se juegan a diario, resulta que una de las características de la época presente es cultivar en las muchedumbres el gusto y los instintos de la guerra. al mismo tiempo que se pretende fomentar el apartamiento de la violencia y el pacifismo.

En España, los que, con menoscabo o menosprecio de los juegos nacionales—pelota, bolos y otros—introdujeron y han logrado aclimatar el foot-ball, son pacifistas acérrimos.

Y cada hombre de su tiempo se precia de serlo también y fomentar el guerrillismo de esos deportes.

España ganó a Inglaterra en un momento de exaltación del ánimo nacional; en la depresión actual nos han dado la gran paliza.



Siempre eligiendo

¡Ea! Ya tenemos a Periquito hecho fraile. ¡Lo que había envejecido en pocos días, creyendo que se quedaba sin serlo! Pero no hay como una comida para sellar las buenas relaciones, y en la modesta comida de Lhardy—Huitres, Oeufs gratin au pointes d'asperges, Langoustines a la Cavour, Noisette de veau Rosini, Supreme de volaille jeannette, Salade, Pêches sultanne, Biscuit glacé au fine champagne, Friandises, Petits fours, Vins, Champagne, Pommery, Café, que es lo que modestamente come cualquier trabajador republicano—se sugirió a los postres el magnánimo acuerdo de volver la salud al ánimo malherido.

La soberanía nacional, en el ejercicio de su libérrima conciencia incorporada a la obra de la humanidad, ha expedito, como residuo obligado de aquella ingestión modesta del Gobierno, la formal elección del Presidente primero de la segunda.

Sus sudores le ha costado al agraciado... digámoslo así. Hasta incluso algunas pesetillas, que ya, con la relevante importancia que el caso tiene, hizo notar "El Debate"... sólo con los

católicos, al reseñar las incidencias de la colecta de la Iglesia.

Pero no había por qué tanto sobresalto. De menos los hizo Dios. Sabido es que la soberanía nacional, eligiendo Jefe del Estado, elige siempre con el acierto que al pobre Dechanel, en Francia, que pasó del Eliseo a la casa de orates.

La democracia, lo ha dicho un gran filósofo, es la entronización de las mediocridades.

Está usted en su lugar, don Ni-casi-o.



Ahí queda eso

No sé lo que pasa, porque me voy al campo. Pero me figuro que mascaradas, chabacanerías, lamentaciones, amarguras y tristezas republicanas. De bello sólo puedo sugerir los rostros de la Kent, de Clarita, de Besteiro, de Prieto, de Albornoz, de Balbontin y de Barriobero, y en calidad de belleza estrepitosa, Bello y Trompeta.

¡Ah! También es digna de una estatua la efígie guerrera del jefe de la Escolta Presidencial que ha hecho pública Ahora. Difícilmente se encontrará en las peores ilustraciones del Quijote una lámina tan extraordinaria.

Yo, al campo. Al guñol, ¡hace ya tantos años que no le encuentro gracial...

Hernando de LARRAMENDI

ANUNCIOS POR PALABRAS

DIEZ CENTIMOS PALABRA — MINIMUM, CINCO PALABRAS

CASA DE VIAJEROS recomendada: Manuel Hernández. Baño, cocina esmerada. Corredora Baja, 14, principal. Teléfono 11627.

SACERDOTE proporciona excelente hospedaje a estudiantes católicos. Escribid: Apartado 8.099.

DOCTOR EN CIENCIAS se ofrece para clases. Individuales, cinco pesetas hora; colectivas (hasta tres discípulos) tres pesetas hora. Razón: CRITERIO.

LECCIONES de un curso completo de derecho, a alum-

no de aplicación y estímulo, mil pesetas mensuales. Razón: escribiendo a CRITERIO.

JOVEN inmejorables referencias, ofrécese trabajos secretaría, similares. Razón: CRITERIO.

COMPRA-VENTA de toda clase de fincas; hipotecas primera y segunda detrás del B. H. Razón: CRITERIO.

PROFESORES ambos sexos, todas facultades y disciplinas intelectuales, doctrina segura, moralidad y diligencia.

capital para empresas de carácter social, eminentemente conservador y patriótico, interviniendo directamente los aportantes, interesados. Razón, en esta Administración.

PERDIDA de un alfiler de señora, figurando un cesto de flores, con aceros y piedras variadas. Se interesa devolución, que será gratificada en CRITERIO.

Folleton de CRITERIO

(2)

GAU-ILLA

TRADICION VASCONGADA

por Juan V. ARAQUISTAIN

No correspondieron a sus esperanzas los resultados de esta entrevista. El joven se manifestó desde luego tan visiblemente apasionado a favor de la madrastra, y tan prevenido contra la hija, que no vaciló en señalarla como el único origen de las disensiones de la familia y como ocasión de los licenciosos discursos del vulgo.

Pero Alós, que admiraba con orgullo los puros y elevados sentimientos de la primogénita, y que a pesar de las malévolas sugestiones de su madrastra la quería apasionadamente, se sintió a las palabras del joven tan lastimado en sus afecciones paternas, que no pudiendo reprimirse, le confundió despiadadamente bajo el peso de su cólera y su indignación.

Pero a los pocos momentos volvieron la calma y la serenidad a su agitado espíritu, y con ellas un profundo pesar por el violento arrebatado que se había entregado, pues tenía que la dureza con que le había tratado obligaría al pobre huérfano a romper con ellos y a abandonar la casa. Pero, afortunadamente, no sucedió así. Muy lejos de eso, desde aquel día se mostró más amable que nunca, y continuó viviendo en ella como si nada hubiera ocurrido.

A la verdad, don Beltrán recibió en ello una verdadera satisfacción, que era sincera y profunda el cariño que le profesaba. Por una parte, cierto parentesco con el le unía, como hijo natural que era de un primo suyo, y sobre todo, los lazos de afecto y confianza que forma en los corazones honrados la vida íntima y expansiva de la familia, hicieron que el bondadoso anciano llegara a considerarle como un hijo. Pero, a pesar de todo, no pudieron menos de sorprenderle tanta sangre fría y tanta impasibilidad, en una edad en que, generalmente, es tan susceptible el amor propio, y tan exaltados los sentimientos; lo cual, unido a ciertos rumores que de tiempo en tiempo llegaban a sus oídos, principiaron a despertar en su ánimo amargas y dolorosas sospechas.

A pesar de su carácter crédulo y confiado, la horrible duda comenzó a atormentar su corazón generoso. Nada claro, nada preciso encontraba en verdad que pudiera confirmar sus temo-

res. Nadie a quien acusar, a quien pedir cuentas de los afrentados rumores, de los que adivinaba, sin embargo, ser el objeto; pero una voz interior le decía que alguna terrible desgracia pesaba sobre su frente, que la atmósfera que respiraba estaba corrompida, y que la traición y la deslealtad le cercaban misteriosamente por todas partes.

En esos momentos de amargura y desaliento es cuando volvía a herir con más fuerza que nunca su atribulada memoria la dulce imagen de su querida Uslua, enterneciendo profundamente su corazón el grato recuerdo del afectuoso y consolador cariño con que tantas veces mitigaba sus penas; y un día, no pudiendo ya resistir a la emoción que le producía, partió a Vidania a verse con ella.

Nadie puede dar idea de la alegría, del contento y de la sincera efusión de la joven, al abrazar una y mil veces a su padre, después de un año de separación.

No tardó, sin embargo, en conocer que tanta parte como el cariño había tenido en el viaje de don Beltrán el deseo de averiguar algo sobre los tristes sucesos que tanto le preocupaban, por lo que resolvió obrar con la mayor discreción, a fin de no cometer alguna imprudencia que pudiera comprometer a su familia.

En vano, pues, el anciano, aparentando la mayor indiferencia, dirigía insidiosamente a su hija mil y mil preguntas sobre el mal trato que había sufrido de su madrastra y hermanas, queriendo animarla así a hacer algunas revelaciones.

Alós-Uslua, que conocía la incontestable firmeza que en materias de honra dominaba en el fondo del carácter aparentemente débil e irresuelto de su padre, procuró justificar a su familia, y trató de desvanecer las crueles sospechas que principiaban a germinar en su pecho.

Si no consiguió del todo su objeto, tuvo al menos el consuelo de verle partir más tranquilo y sosegado que a su llegada. No pudo ocultarse tampoco a la penetración de la señora de Alós la honda preocupación de que era víctima su marido, y su talento y su conciencia la revelaron a la vez su causa.

Aunque tan fatal descubrimiento no dejó de alarmarla en un principio, tardó poco en tranquilizarse, al considerar el irresistible ascendente que ejercía sobre él, lo que la inspiraba la seguridad de que, en la primera explicación que mediara entre ellos, conseguiría disipar sus sospechas.

Y así sucedió. Arrastrado a una conferencia por la artera dama, salió de ella el bueno de Alós convertido de acusador en penitente y culpando a su propia credulidad, que le hacía acoger indignas suposiciones, que así ofendían la virtud de una esposa que consideraba ya como modelo de ternura y de fidelidad conyugal.

Pero pasaba el tiempo, y los rumores crecían cada día, y volvía Alós a abismarse en negras y sombrías cavilaciones, que

su mujer conseguía desvanecer, es cierto, pero para levantarse de nuevo con más fuerza.

Y una noche, trabándose de palabras con un marino, amigo suyo, recibió de él uno de aquellos insultos que inferían la deshonra en la frente, y que en aquella época sólo se lavaban con sangre.

Después de una opiparica cena suscitó una disputa entre los vapores del vino, y el rudo marino, algo excitado y burlándose del anciano, habló de "cierto hijo vil de ganancia", nacido en una casa-torre, mientras su dueño se hallaba en Castilla. La alusión fué tan directa, que la comprendió hasta el mismo Alós; pero aunque hubiera querido aclarar alguna ilusión sobre ella, la hubieran desvanecido las explicaciones que mediaron luego.

Fácil es de comprender cómo terminaría aquel incidente. El inconsiderado marino cayó a los golpes de su adversario, pero dejando encendido en su corazón un infierno de desesperación y de rabia.

En tan terribles circunstancias, la señora de Alós desplegó todos los recursos, todos los artificios que puede inspirar a la vez la pasión, el ingenio y el instinto de la propia conservación. No pudiendo negar el hecho del ilegítimo nacimiento de un niño en casa, pues era ya de pública notoriedad, lo atribuyó resueltamente a la mayorazga, y puede decirse, en prueba de su rara habilidad, que si no logró persuadir completamente a su esposo, consiguió, al menos, que sus sospechas se dividieran entre ambas.

Pero, de todos modos, Alós conocía su deshonra y que el criminal vivía impune; y estas dos ideas le consumían de dolor y de vergüenza. ¡Oh! Yo he de averiguar—gritaba con voz ronca en sus accesos de furor—, y ¡ay de la mujer liviana que ha vilipendiado mi nombre!

Y un día corrió de boca en boca la noticia de la muerte de don Beltrán Pérez de Alós.

Causó general sentimiento su desgracia, pues fué siempre muy querido por su bondad y nobleza, y era profunda la compasión que últimamente inspiraba, por las aficciones de que se veía rodeado en su vejez.

Así es, que al punto se encontró llena la casa de gentes, que venían a enterarse de las circunstancias de tan inesperado suceso, que confirmaban el desorden, el llanto y los gemidos que resonaban en ella.

Decíase que, habiéndose sentido el honrado anciano, la víspera a la noche, algún tanto indispuesto, había llamado para asistirle a un médico íntimo amigo suyo, que desde luego pronosticó una catástrofe que, desgraciadamente, se realizó a pocas horas.

La mujer y sus hijas se deshacían en lágrimas, ensordecien-

do la casa con sus lamentos. Pero al cabo no había remedio, y hubo que disponer su entierro.

Como no podía menos, Alós-Uslua fué también invitada a las exequias, y, con sorpresa de todos, llegó a tiempo para la "Gau-illa".

Gau-illa, que en vascuence significa noche de muerte, es una ceremonia fúnebre, que aún se conserva en el país vascongado con religioso respeto, pero despojada, sin embargo, de algunas de las circunstancias que la acompañaban en los antiguos tiempos, y que eran precisamente las que la daban un carácter profundamente moral y filosófico.

La víspera del día designado para su entierro, se encerraba el cadáver en el ataúd, y al acercarse la noche, se le colocaba en el centro del salón, rodeado de multitud de luces. Arrodillados todos los miembros de la familia en torno a la caja mortuoria, principiaba a orar a una voz por el descanso de su alma, y en seguida iban entonando de mayor a menor el "canto fúnebre", con voz entrecortada por los sollozos. Reducíase éste a la celebración, ya sea en verso, ya en prosa, de las virtudes y de los nobles hechos del difunto, cuidando de rendir una expresión de gratitud a aquellos que con su cariño o con su adhesión hubiesen contribuido en vida a su bienestar y ventura.

Pero también en aquel momento, desgarrado el torpe velo del poder y la fortuna ante la lúgubre majestad de la muerte, se expiaban a su vez la traidora intriga, los falsos halagos, la negra hipocresía y la ambición bastarda.

Allí, al trémulo fulgor de las funerarias hachas, y ante el cadáver de la inocente virgen, levantaba su voz la desconsolada madre, acusando el áspero tratamiento del padre, mientras el corazón gemía oprimido de angustia por tan temprana muerte.

Otras veces, el severo y terrible acento de un pariente del difunto pedía cuentas ante su cadáver a la liviana esposa, que le había arrastrado entre la deshonra y los celos a la desesperación y a la tumba.

Y el engañado padre y la maltratada hija, el ultrajado esposo y la mujer burlada, iban abriendo, al amparo de una tumba, su corazón lastimado y exhalando las mal reprimidas y dolientes quejas.

¡Oh! en aquel solemne juicio, mezquina parodia como todo lo humano del gran día de la justicia divina, desprendida el alma de los torpes vínculos de la carne, condesciende a la virtud el premio de sus sacrificios, y la reprobación al vicio!

Ya hacía algún tiempo que había principiado la Gau-illa cuando llegó Alós-Uslua. La madrastra y sus dos hijas, envueltas en negros mantos, rezaban en coro, pues habían terminado sus cantos. La joven entró precipitadamente en el salón, sufriendo de dos en dos las escaleras de la torre, y se dirigió hacia

(Continuará.)